

Toda la correspondencia al Director.
Precios de anuncios, según tarifa.
Prohibida la reproducción de originales excepto consignándose su procedencia. No se devuelven éstos, ni se mantiene correspondencia acerca de los mismos.
Redacción y Administración: San Agustín, 1.—Teléfono, 3
APARECE LOS SÁBADOS
Administrador: Mariano J. Hernández.
Suscripciones: Un mes, 0'50 ptas.—Un año, 5 pesetas

La Tierra Hidalga

PERIÓDICO INDEPENDIENTE

Literatura, Ciencias, Arte, Crítica, Informaciones

AÑO I-NUM. 35

NUMERO SUELTO: DIEZ CENTIMOS

Director: MANUEL CAMACHO BENEYTEZ

ALMAGRO 17 NOVIEMBRE DE 1923

Redactor Jefe: DAVID RAYO

BAJO EL "NUEVO" RÉGIMEN Hablemos del Otoño

Días brumosos, lívidos... Unas nubes color de plomo, desmelenadas, sucias, cubren el horizonte como un montón de harapos.

HENRI BARBUSSE

Al llamárenos recientemente la atención por quienes para ello están capacitados, a causa de determinadas orientaciones contenidas en ciertos artículos aparecidos en LA TIERRA HIDALGA, un buen amigo nuestro, que frecuentemente nos regala sus consejos, nos dijo en tono de cariñosas amonestación estas palabras:

—Rehúsen, en las presentes circunstancias, los asuntos escabrosos y difíciles... Elijan temas inofensivos; hablen, verbigracia, del Otoño...

—Prometemos ser dóciles—replicamos galantemente a nuestro consejero—; puede tener la hermética evidencia de que consagraremos al Otoño algunas trascendentales reflexiones...

Y aquí estamos, entrañables lectores, dispuestos a cumplir nuestra palabra, haciendo un melancólico paréntesis a las cuestiones de más palpitante y viva actualidad, derramando unas gotas de dulce poesía sobre el obligado prosaísmo que cotidianamente nos imponen las feas realidades... El asunto, sin duda, es inofensivo en grado máximo; no corremos el más pequeño riesgo de que el lápiz del censor nos amenace... Así la pluma corre libremente; así tiene una fácil sugestión el garabateo sobre las cuartillas impecables; así se ensancha el pensamiento en un mágico vuelo de transparencias impolutas, sin sujeción a las mezquinas trabas de un mutilado sistema enjuiciativo; así... Pero no truncemos el propósito dejando a la imaginación a su albedrío... ¡Hablemos del Otoño! Hablemos del Otoño seriamente, como podríamos hablar de los problemas nacionales más complejos... Y, desde luego, con mayores delectaciones emotivas...

...Ha llegado la época sombría, plena de tediosidades y de pesadumbres. Tiene la Naturaleza una noble gravedad de Matrona en la plenitud de su arrogancia. La serenidad del silencio, la austeridad emocionante de estas largas horas ponderadas, la exquisita magnificencia del paisaje sobrecargado de extáticas bellezas, parece arremansar el alma y los sentidos en una lánguida indolencia de afelpadas sensaciones... El espíritu se sumerge en una ráfaga de poéticos hechizos, de magas fecundaciones caudalosas, de perspectivas hondas y solemnes; en una fuerte poesía de un prestigio triste, de una elegante delicadeza amarga y fina, preñada de armonías melancólicas y de recios augurios...

Poesía que todo lo dulcifica y lo sublima, que todo lo presenta velado por una suave bruma de infinitas quimeras, por una muda estela de prestaciones magnas... Poesía de tonos humanos y

eternales, que no canta la aturdidora turbamulta primaveral de las flores color de sangre, de estridencias plebeyas, sino la refinada y sutil delicadeza de las vencidas hojas amarillentas y arrugadas... Poesía de los atardeceres violeta, cárdenos, colmados de placideces y de anhelos inconcretos, de trémulos lirismos y de vagas inquietudes... Poesía que se adentra por igual en el corazón y en los sentidos... ¡Poesía de espíritu hecho carne o de carne hecha espíritu, con «todas aquellas partes que encierra en sí la dulcísima y agradable ciencia de la poesía», como Cervantes proclamó en su libro cumbre, donde tuvo vida el alma enferma—gloriosamente enferma—del valeroso Don Quijote!

Las horas se deslizan monótonas... En el aire gravita una densa quietud... Se abruma el espíritu en un profundo abatimiento, como si se durmiese al arrullo de un nocturno de Chopin... El velo ténue de la niebla se nos antoja la humareda de un pebetero inmenso. Se advierte en todo un ceño extraño; acaso el «doloroso sentimiento del vacío» que Lamartine presintió... Un viento frío, penetrante, balancea las ramas de los árboles, sin conciencia de pájaros ni alegría de fronda, que, temblando como las piezas descarnadas de un esqueleto horrible, dejan caer las marchitas lágrimas de sus amarillentas hojas, como las dejan caer también los hombres al empuje feroz del infortunio... ¡Oh, seculares árboles, viejos árboles que resististeis bravamente el empuje de los cierzos invernales de tantos lustros, vosotros, ¿cómo lloráis ahora el llanto mudo de vuestras hojas secas, hasta la inmediata primavera en que seréis dichosos cubriéndolos de flores...! Pero tu, gran árbol de la Humanidad, continuarás llorando mucho tiempo, ¡mucho! porque tu redentora primavera está aún muy lejana...! Lo ha dicho Proust—el insigne literato que «componía» a lo Wagner: «Todos los esfuerzos de la inteligencia son inútiles». ¡La Humanidad llorará eternamente en un amargo e insondable desconcierto de Otoño...!

En vano se esfuerza el sembrador... Cae la semilla sobre el surco virgen que ha de darnos el pan de cada día, pero el pan sin alma y sin grandeza, el pan macizo que los hombres,—¡masa ciega de gregario instinto!—no han aprendido aún a idealizar... Hay en el paisaje una severidad noble y dolorosa... En la toma de un monte remoto ondula la lengua móvil de una hoguera,

alma ante esos cuadros negros de tortura, bebemos ávidos unos sorbos de ensueño, de templanza, de vida, en el cálido asilo de amor que el clavel rojo de una boca desallejada de pasiones brinda a nuestros labios, mientras el cierto ruge con bramidos salvajes, apretando cruelmente el cuello al mundo entre sus uñas...

El gléido y opaco ambiente de estos días, dijérase una sima de tristezas, de líricas tristezas insondables... Las nubes —empleemos la frase de Barbusse— «cubren el horizonte como un montón de harapos...» Y por entre los fúnebres crespones de esas nubes, «desmelenadas y sucias», asoma de vez en vez, tímidamente, a pedazos, como si fuese una custodia rota, el disco deslumbrante del Sol...

Hemos hablado del Otoño... ¿Incurrimos también en pecado...? ¿Delinquimos...?

Manuel Camacho Beneytez

PAJARITAS DE PAPEL

LA CAMILLA

No es al fatídico «hule» que causa estupor y espanto a los «astros» coletudos, al que dedico mi canto, sino a ese mueble sencillo, confortable y familiar, que simboliza la vida prosaica del hogar; a su alrededor pasamos, complacidos, las veladas abrumadoras de invierno, desapacibles y heladas, disfrutando el calorillo cosquillante y placentero, que, a través de la alambra, asciende desde el brasero, siendo aún más agradable el placer que proporciona la charla grata y genial de alguna niña «guasona», pues hay charlas femeninas tan suspicaces, que gran atracción nos proporcionan como si fuesen de imán...

Incurren estas tertulias en el vicio torpe y feo, de dedicarse, con saña, al sabroso chismorreo, versando sus discusiones, como temas preferentes, en el «corte y confección» de trajes a los ausentes; sobre todo las señoras, casquivanas y ligeras, tienen gran desenvoltura manejando las «tijeras». Para en tales reuniones romper la monotonía, se recurre al divertido juego de la lotería; en estos cachupinescos y loteriles concilios, suelen, con harta frecuencia, comenzar tiernos idilios: «ambos» dulces y mimosos cantan los enamorados, a la vez que sueltan «ternos», por lo bajo, los casados, mas pronto el novio se esfuma, dejando a las infelices, que sus promesas creyeron, con dos «cuartas» de narices, y ante tan villana acción de la juventud ladina, las mamás de los pimpollos

no cesan de tragar «quina»...

Para que el calor penetre vuestros cuerpos frioleros, hay que echar, de vez en cuando, una firma en el brasero; si hay señoras en el corro, al sobrasar, a hurtadillas, se puede ver un magnífico concurso de pantorrillas...

La camilla siempre tuvo clientela muy nutrida; pero este año la tendrá aumentada y corregida, pues como en el «Gran Casino» a la una van a cerrar, habrá bastantes señores que dejen de trasnochar, y derogando «ipso facto» su inveterada costumbre, se quedarán en sus casas, al dulce amor de la lumbre...

Sin juego, sin camareras y con la ronda «tasada», estará de enhorabuena más de una mujer casada, porque, de noche, al marido tendrá a su disposición, ¡con lo que no será extraño que aumente la población...!

TOMÁS ALMODOVAR.

BRUTALIDAD Y PERVERSION

«CUANDO TU SEAS PADRE...!»

Durante el tiempo que permanecí en aquella ciudad de la costa cantábrica, al pasar junto al muelle, me cruzaba invariablemente todas las mañanas con un individuo, momentos antes de que el reloj hiciera sonar las nueve campanadas.

Era preciso que, al dirigirme a mi diaria labor me encontrase en el mismo sitio, un día y otro día, con aquel hombre de poblados bigotes, de tez bronceada de andar reposado, de mirada alíva y ademanes de arrogante elegancia.

Sus bigotes, sus ojos, su gesto y su empaque delataban que me hallaba ante el mismo personaje del día anterior; pero no lo hubiera jamás reconocido por su indumentaria, la cual variaba de un día al otro de tal manera, que hubiera sido preciso observarlo durante más de quince seguidos, para verlo dos veces vestido de igual manera.

Lucían sus dedos profusión de gruesas y brillantes sortijas y en sus labios humeaba constantemente algún largo y aromático puro de costoso precio.

Las mañanas crudas llevaba medio oculta la cabeza entre las pieles de su abrigo, o del abrigo de turno, pues usaba hasta una media docena de ellos de distintas formas y color.

En los días lluviosos, que son en aquella comarca los más abundantes, lucía su colección de impermeables y gabardinas de elegante hechura y valioso corte.

Solía encontrármelo también por las noches en el Casino, sentado ante una mesa, con su largo habano, su café, y su copita de ron cuando se hallaba él solo; pues si algún otro señor le acompañaba solían multiplicarse las copitas, y, a veces, hasta se trocaban en botellas.

Llegué a figurarme que se trataba de algún príncipe ruso establecido en aquella plaza, desde el momento que noté su derroche rumboso, sus ricos trajes y la cortesía exagerada con que le servían los camareros del Casino.

Cierta noche, al penetrar en el teatro, advertí que me llamaba reiteradamente por mi nombre, una vocecita infantil desde una de las plateas.

Volví la cabeza para ver quien me llamaba y me encontré con que era mi discípulo Fonsito, y que el pobre niño reía y palmoteaba de contento en cuanto yo lo miré.

Grande fué mi sorpresa, pero hasta más me sorprendió que Fonsito ocupase la misma platea que aquel señor de los gruesos anillos, de los largos paños y de los magníficos abrigos, quien a su vez me saludó con una expresiva inclinación de cabeza y una sonrisa protectora muy habitual en él.

En la misma platea se encontraban otro muchacho como de catorce años, una mocita de unos dieciséis y una señora de «cierta edad» ataviada con lujosas galas.

Correspondí a todos con mi saludo y ocupé al momento mi butaca un tanto perplejo por la sorpresa de encontrar a mi discípulo mezclado con tan encopetados señores...

Sali de dudas al siguiente día... Fonsito, que llevaba faltando a clase ocho días seguidos, entró en la escuela aquella mañana más alegre y decidida que de costumbre y se apresuró a decirme con un entusiasmo ingenuo y bullicioso:

—Ya lo vi a usted anoche en el teatro porque compré mi padre una platea y nos llevó a mi madre y a mis hermanos... Y ¡jstaba el teatro más bonito! Yo no lo había visto nunca—continuó el muchacho parlanchín y sin darme lugar a que le interrogase—pero es que a mi padre le ha tocado la lotería y nos ha comprado a mi hermano y a mi abuelo nuevos... Y a mi hermana un traje de seda... También mi madre y mi padre se han comprado trajes y cadenas y sortijas, y por eso hemos ido al teatro... ¡Si nos tocara muchas veces la lotería—seguía diciendo el muchacho—ya nos llevaría mi padre al teatro más veces...! Y me compraría otros abrigos para cuando éste se me rompiera... y otras botas... y cuadernos y libros... Y nos dejaría que comiéramos todos con él, jamón y carne y huevos... como él come...

—Pero, ¡Fonsito!—me apresuré a preguntarle horrorizado—, es que tú y tus hermanos no coméis lo mismo que tu padre? ¿Y es tu padre aquel señor que anoche estaba con vosotros...?

—Aquel es, si señor—replicó el niño algo cabizbajo como si enturbiara su risueño semblante una nube de tristeza y de dolor—; y toda esta semana, desde que nos ha tocado la lotería, hemos comido con él, porque para todos ha comprado cosas; pero antes, no, señor; y desde mañana, tampoco, porque no tenemos dinero y mi padre compra huevos y carne solamente para él... Mis hermanos y yo comemos todos los días potaje, borona y patatas, y mi madre... llora mucho y... no come de nada algunos días... Yo, algunas veces—siguió hablando el niño, cada vez con más pena—tengo mucha gana y le pido a mi padre de lo que come; pero se enfada y me contesta: «¡Cuando tú seas padre comerás carne...!»

Quedé anonadado y llené de indignación ante aquella mostruosa aberración del «carino» paterno...

Hice al niño nuevas preguntas y pude por fin averiguar que su padre no era aquel príncipe ruso que yo me había figurado, sino el contable principal de una importante entidad minera que le tenía asignado un buen sueldo.

¡Pero aquello era horrible...!

Aquel hombre, que tenía su hogar sumido en la mayor miseria, al paso que él se regalaba con los manjares más succulentos, con los licores más exquisitos y los tabacos más pomposos, me pareció desde aquel día un ser repugnante... Aquellas sortijas, cuyos brillantes parecían ser la condensación de las lágrimas vertidas en continuo llanto por su esposa y sus hijos; aquellos lujosos abrigos de pieles y aquellas elegantes garbardinias, robados del sustento de su familia, me parecieron un insulto y una burla despiadada...

Y no quise jamás volverme a encontrar con aquel hombre, que siempre me había preguntado junto al muelle de la ciudad antes de dar las nueve. Di largos rodeos para evitarlo...

Pero todavía se me crisan los nervios cada vez que vuelvo a sentir de nuevo aquel aforismo ígnumano, cruel, monstruoso: «¡Cuando tú seas padre...!»

¿No os parece que por llevarlo tan arraigado los españoles en nuestra psicología, es por lo que consentimos con calma que nuestras escuelas sean lugares de suplicio y tortura, al paso que nuestros círculos y casinos los rodeamos de las comodidades más refinadas?

¡Cuánta brutalidad y cuánta perversión...!

ALBERTO LÓPEZ.

LA TIERRA HIDALGA se halla integrada por los siguientes redactores y colaboradores:

REDACCION: Manuel Camacho Beneytez, Director; David Rayo, Redactor-Jefe; Mariano J. Hernández, Administrador; Tomás Almodóvar, Rufo Fernández, Alberto López, Luis Buades, Rogelio Hernández de la Torre, Gabriel Dicente Ruiz Muñoz, Alfredo Calvo, Luis Relimpio, Ramón Cañizares, José Almodóvar Múgica, Jesús Gómez Rodríguez, Alejandro Alcaide Redondo y Ramón Cabañas.

COLABORACION: Alejandro Alcaide, Carlos Calatayud, Graciano Guizarro, Angel Dotor, Francisco Tolsada, Luciano de Cea, Ramón Carande, Miguel Sánchez Migallón, Francisco Morayta, Arturo Gómez Lobo, Ramón Solano, Manuel Tomé, José López Barberán, Antonio Aguado Marinoni, Ramón Ordóñez Beixer, José Ramón Quesada Claro Coello, Manuel Gómez Mourón, José Martínez Ruiz, Mercedes Pinto, Manuel de los Ríos Mosquera y Antonio Alarcón Capilla.

